

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

SIN PAUSA Y SIN PRISA

NOTAS A LA ACTUALIDAD CULTURAL

Walter Scott y la «Liga»

LA obligada «revisión de valores» que orquesta, por decirlo así, toda conmemoración centenaria, no creo que conduzca a muchos lectores a un repaso de la obra de Sir Walter Scott. Con todo y que, quien nació hace doscientos años (1771), nada menos es el responsable de la aparición —y posterior auge— de la novela histórica, un género que, siguiendo la conocida y honesta definición de Paul van Tieghem, consiste, ni más ni menos, «en inventar una acción que se sitúa en el pasado, darle como marco los hechos, las costumbres, los atuendos del pasado, mezclar a los hechos ficticios figuras reales, ofrecer así el doble interés de la historia y de la novela». Ahora bien, esta demorada, casi minuciosa, definición, ¿es completa? En el XVII francés, en el XVII inglés ¿no hay relatos que podrían incluirse en estas coordenadas?

Lo que le falta —vayamos al grano— a esta definición es el ingrediente de la «simpatía». Es decir, un grado de «compensación» ideal entre la época evocada y la mentalidad del narrador. Digámoslo más concreto: la novela de Walter Scott es inseparable de 1787, es decir, de la fecha en que Escocia deja de ser una nación para integrarse al conjunto polivalente que llamamos Gran Bretaña. Dieciséis años tiene el novelista, cuando este hecho político se produce, y dos siglos después la sutura no se ha cicatrizado, como lo muestran a la vez la historia, el paisaje y la anécdota folklórica. Por eso, la clave de la obra walterscottiana está en su libro de poemas «Trovas de la frontera escocesa», publicadas en 1802.

Por ello, la escenografía del novelista es, o bien la última Escocia libre del siglo XVIII («Waverley», «El anticuario», «Bob Roy» o la libre Inglaterra medieval, y caballerescas («Ivanhoe», «Quintín Durward»). En uno y otro caso, la clave de Walter Scott es la nostalgia.

Esta es la razón por la que su obra acaudilla y orienta toda una fracción del Romanticismo europeo: la medievalizante, que inspirará el «genre troubadour», con la evocación de una época cristiana, y la caballerescas, espejo de todas las virtudes, que

se contraponen a la imagen bárbara que le asignó el siglo XVIII, durante el cual, por ejemplo, una docta academia de Francia estudió muy seriamente la posibilidad de destruir, por anticlástico, el templo de Nuestra Señora de París.

Este Romanticismo espiritualista y tradicional se opone —como es bien sabido— al «otro» movimiento romántico, al progresista revolucionario de lord Byron o de Víctor Hugo. Y de uno y otro —en alternada presencia— se construyó eso que los manuales denominan el Romanticismo Europeo.

El mapa de nuestra península muestra bien este dual polaridad estética. Si la Andalucía liberal de las Cortes de Cádiz fue buena vía de ingreso de la ideología romántica de «izquierdas», cuya cúspide está en el arrebato declamatorio de Espronceda, la Cataluña de la primera mitad del XIX, fue —a pesar de titular «progresivamente» «El Vapor» su primera gran revista— partidaria del romanticismo medievalizante y cristiano. De ahí que la «nostalgia» walterscottiana (introducida por mi paisano de Manresa Ramón López Soler) se aplicara a la rememoración de la Cataluña medieval, a la evocación de las cortes trovadorescas, a la melancólica (y estimulante) visión del período esplendoroso de la Corona de Aragón. Walter Scott, pues, fue decisivo, en estas tierras, y el estudio detallado de su influencia nos llevaría a hallazgos tan curiosos como el de exigir, en los bailes de máscaras, disfraces de personajes del famoso novelista escocés. La configuración medievalizante del Romanticismo catalán cristalizará, pues, en la idealización de una Cataluña cristiana, en la mente clerical de Torras y Bages, de Collet y de Mosén Cinto. El primer movimiento político de tipo autonomista, la Liga, se definió dentro de esta línea de valoración.

Walter Scott tiene la culpa.

El estilo y las revistas

¡Pobres de tiempo, pobres de nosotros! Durante los meses no estivales (no hay más que dos estaciones: el estío y «lo otro») recibimos los aluviones de papel impreso (capitaneados

por la «publicidad a domicilio»), de los que vamos extrayendo, claro está, las urgencias del periódico diario, oxígeno absolutamente necesario. Van quedando marginadas las revistas. En grandes pilas: «Revista de Occidente», «El Pont», «Horizonte»... Van quedando «para el verano». Y allá van, en el equipaje del reposo que es, naturalmente, el de la actividad lectora...

Observo en la política editorial de las revistas una proclividad hacia lo monográfico, que intenta polarizar el número en torno a un tema. En lo profundo, porque ya no hay tema que no deba ser abordado sin una pluralidad observadora; en lo superficial, porque de este modo se concentra el interés del lector.

Que, en realidad, sin embargo, desea la fusilería plural de los temas diversificados: porque ello es consubstancial con este género periodístico, sin perjuicio de unas iniciales «afinidades electivas».

Como, por ejemplo, las que perfilan las colaboraciones de la revista «Horizonte», tan seductoras en torno a lo que pudiéramos llamar lo misterioso mágico. ¿Se lee mucho esta revista? ¿Existen muchos lectores capaces de dejarse prender en este mundo que la razón muchas veces no comprende? A mí me parece que sus páginas son estimulantes... Pero ¿a cuántos estamos de curiosidad lectora?

Sobre la estética de algunos progresistas

—Mire usted, mire usted esta playa, abarrotada de gente, aplastada por los rascacielos. ¡No hay derecho!

—¿Cómo resolvería usted la cuestión?, le digo.

—En esta playa, «lo suyo», es una casita blanca, en el centro, edificada en el estilo popular; una casita de pescadores... Y yo le atajo:

—En la que, naturalmente, quisiera vivir sólo usted.

Guillermo DIAZ-PLAJA

de la Real Academia Española

EL HOMBRE Y EL DINERO

DESPILFARRO O INVERSION RENTABLE

CADA vez que a los norteamericanos o a los rusos se les ocurre lanzar al espacio uno de sus artefactos exploradores, suele desencadenarse un pequeño clamor de comentarios remolones. Al producirse los primeros viajes a la Luna, el recelo llegaba incluso a la letra impresa: cartas al director, algún artículo más o menos serio, frases de encuesta o de interviu. Los periódicos, cada vez, dan la noticia aproximada de lo que cuesta la maniobra: son cifras enormes, de difícil comprensión para el ciudadano medio, literalmente «astronómicas». Y se trata de dinero «público», por decirlo así. O sea: de dinero que, según una noción popular y razonable, debería aplicarse, ante todo, a cubrir necesidades colectivas obvias, urgentes o de una plausibilidad segura. Una reacción muy natural es la repulsa. ¿No será una locura gastarse tantos dólares, tantos rublos, en hacer volar cacharros, sin duda nada «inútiles», pero de una eficacia lejana y aplazada, cuando aún existen terribles, trágicos déficits de alimentos, de salud, de enseñanza, sobre nuestra desastrosa corteza terrestre? Las comparaciones se imponen. El hambre y las epidemias diezman lo que llamamos el Tercer Mundo: las «bolsas de miseria» son considerables hasta en las mejores familias; hay enfermedades, muchas, crueles y asiduas, que todavía carecen de remedio o de mitigación; faltan escuelas, universidades, libros; etcétera. Esto es lo inmediato. ¿A qué viene el despilfarro de las aventuras astronómicas?... No hará falta prolongar el argumento.

Resulta bastante curioso, por supuesto, que la reticencia no se plantee, o se plantee en términos casi tenebrosos, ante el destino de otros sectores de la recaudación fiscal. Los Estados —todos— canalizan cantidades insignes de su erario a la manutención de dispositivos cuya finalidad tampoco tiene mucho que ver con los agobios inmediatos de sus súbditos o del prójimo en general. Las burocracias abusivas, la guerra, el

prestigio exterior, la flatulencia nacionalista, los lujos institucionales, y cien pejueras más, consumen la mayor parte de los ingresos «públicos». Pero el vecindario raramente se queja de ello. Quizá sea porque se trata de servidumbres avaladas por la tradición, y a todo se resigna uno; o quizá porque las justificaciones retóricas que las apoyan son más perfectas y elaboradas, y obtienen un asentimiento maquinal. El asunto de ir a la Luna, y volver, y traerse muestras de polvo, y verificar la eficiencia del aparato, y reportar datos para Dios sabe qué futuras oportunidades técnicas, y lo demás, es cosa demasiado reciente para que la muchedumbre humilde y civil acepte sin más ni más, de la noche a la mañana. Un habitante de Nueva York —descartado al «contestatario» de cualquier especie, claro está— encuentra «lógico», o más lógico, el gasto diario del Vietnam, y el gasto anual de la CIA, que el presupuesto de la NASA. Y, si no es así, se debe a alguna interferencia mitológica: la beatería de la ciencia-«digest», la euforia patriótica, la fascinación televisiva.

Todo es una cuestión de preferencias, en el fondo. Y las preferencias en cuestión son fijadas y decididas por unos señores determinados. Concretamente, por los que tienen la sartén por el mango. En cada época, la eventualidad se rigió por unos condicionamientos específicos, y surgieron las pirámides de Egipto, los partenones helénicos, cirios y termas para latínoparlantes, catedrales góticas, monasterios inmensos, palacios, cuadros del Bosco o de Velázquez, la Torre Eiffel, las obras completas de Tolstói o de Ezra Pound. Lo que ustedes quieran: los «monumentos». En tanto que posteridad, hemos heredado estas manufacturas, las admiramos, las gozamos, escribimos libros sobre ellas; las intercalamos en circuitos de turismo o de cultura. Pero, en sus comienzos, siempre hubo el sacrificio de una cierta masa de gente, que pagaban el «gasto» a través de impuestos, de jornales bajos o de pu-

ra y simple esclavitud. Aquello de la «plus-valía», de la «acumulación primitiva de capitales», y otros conceptos parecidos, han de tenerse presentes en la recapitulación. El sistema es de una ferocidad notoria. Eso nadie lo discute. Pero seríamos unos hipócritas redomados, si, a estas alturas, hloriqueásemos a cargo de las desgracias antiguas: el llanto retroactivo respecto a los albañiles de Choops, de Pestum o de Chartres, o respecto al proletario dickensiano del Manchester inicial. Vivimos sobre su sudor y su sangre, y Dios les tenga en la gloria. La Civilización y la nevera eléctrica son malvas que florecen en sus tumbas anónimas.

Lo de hoy, por descontado, tiene visos de mayor racionalidad. No en el caso del Vietnam ni de la burocracia, desde luego. En lo de la Luna, al menos. Y en otras muchas operaciones no tan espectaculares. La «preferencia» actual, en teoría, tiende a explicarse en motivos pragmáticos. Probablemente, un día, las excursiones selénicas revertirán en beneficios detallados, en la tienda de la esquina, en la farmacia, en el cultivo de la col o la patata, o del carnero. Todo se puede esperar de los cálculos de un laboratorio o de una cátedra. En realidad, esta es la única esperanza que nos queda. Lo de antaño era más bien un derroche santuario. Edificar mausoleos, altares, fachadas, y sufragar partituras para ejecutarlas en capillas o salones áulicos, y promover la pintura al óleo o la talla en mármol, y fomentar el soneto o el madrigal o el serventesio, no dejaba de ser una manera como otra cualquiera de distraer recursos que, bien administrados, podían haber enjugado muchas lágrimas, salvado vidas, saciado estómagos lúgubres. Gracias a ello, ahora, podemos charlar de «cultura», y nos sentimos levemente distantes del mico, incluso los analfabetos. Pero era «lujos». Los episodios siderales, todavía tímidos, responden a unas hipótesis de porvenir escasamente «culturales», según el módulo huma-

nístico de la «cultura». Giran en torno a expectativas «útiles». Que se prevén. Y ya lo verá quien lo vea.

Una de mis ancianas y discretas tías, con la cual departía sobre el tema, me atajó: «¡mentrestant, ¿qué?». Las conversaciones domésticas suelen ser aleccionadoras. En efecto: todo radica en la apreciación que hagamos del «mentrestant». El intervalo representa una elevada cuota de fatigas, de extorsión, de riesgo, de dolor. El «dinero» sirve de trámite aséptico, pero «non vi si sabe quanto sangue costa», por decirlo con unas palabras que el Dante escribió con otra intención. Tras los números de la finanza pública y privada, siempre hay la «plus-valía» y lo restante. En última instancia —es una opinión—, el problema descansa sobre el prejuicio, y valga lo de «prejuicio», de que la vida humana es, entre todos los materiales a emplear, el menos «costoso». No importa que alguien muera, se deteriore, o se fastidie, porque no faltará quien le sustituya en el oficio. La reposición de un hombre es fácil: la de un pedazo de mineral raro, la de una pieza sutil, la de un teorema o un plano, no lo es. Hay estadísticas alucinantes, y garantizadas, que nos informan acerca de los nacimientos por segundo que acontecen en el mundo controlado. Uno exclama: «¡Buenas!», enciende un cigarrillo o lee un párrafo de Simenon, y «mentrestant» se nos han incorporado centenares de criaturas. Y se fabrican muchas más, para dentro de nueve meses. Es la vida. O la «especia». El material, al fin y al cabo, es barato y abundante. El «dinero» está muy por encima: «vale» más que el hombre. La paradoja sería ésta: se hace todo por el hombre, pero a costa del hombre. Así lo dicen. Aunque, la verdad, a uno no le agrada nada padecer las consecuencias. Y las padecemos...

Joan FUSTER

COLEGIO DEL REDENTOR
Avenida Tibidabo, 27
INTERNADO
ABIERTA LA MATRICULA CURSO 1971-72

CAMBIO DE TELEVISORES
PUEDE COMPRAR DIRECTAMENTE SIN INTERMEDIARIOS Y LE ABONAREMOS HASTA
8.000 PESETAS
POR SU ANTIGUO TELEVISOR Y RESTO CON FACILIDADES DE PAGO
Le informaremos sin compromiso llamando a los teléfonos 211-82-98 y 211-82-99
Exposición: Balmes, 426
Información horas especiales de 2 a 4 tarde y 8 a 10 noche al teléf. 258-71-27

PARA SU CABELLO
UN HOMBRE SE SIENTE MAS SEGURO DE SI MISMO SI ESTA SEGURO DE SU CABELLO.
La Cadena de INSTITUTOS CIENTIFICOS CAPILARES «SAN ANTONIO DE PARIS», dedicada al cuidado y conservación del cabello, empleando los métodos más avanzados del mundo, comunica: que su local de BARCELONA, Ronda San Pedro, 8, telfs. 231-58-83 y 221-01-08, está a disposición de las personas interesadas los días laborables, de las 11 a las 20 horas sin interrupción, con o sin previo aviso telefónico. En 30 minutos de examen sin ningún compromiso, diremos si nuestro método puede ser eficaz en su caso. Sólo será admitida la persona apta para conseguir resultados positivos con nuestros nuevos métodos. Todos los INSTITUTOS están montados e instalados de forma que las señoras y señores clientes no esperen. Para consultar sobre el método a seguir, pueden presentarse o mejor llamar para concertar entrevista. BARCELONA, Ronda San Pedro, 8 (a 50 metros de la Plaza Cataluña). Teléfonos 231-58-83 y 221-01-08. DIRECTOR: D.M.V. Blada. DIRECTOR FACULTATIVO: Dr. S. Marcos.
INSTITUTOS EN: PARIS, BRUSELAS, LISBOA, OPORTO, PARA ESPAÑA: BARCELONA, MADRID, ZARAGOZA y SEVILLA.
Atendemos todas las consultas de las personas que no residan en Barcelona.
(N. S. 8-C)

MAGNIFICO EDIFICIO INDUSTRIAL
Construcción de hormigón y terraza a la catalana
Muelle carga y descarga camiones
Acceso dos calles
4.500 m.2 edificables
Montacargas y fuerza motriz Disponible
SE VENDE CON FACILIDADES
Razón:
SAFALUBE
Pallars, 135. Tel. 226-92-22



PALLARS PEDRO-IV AVILA

¡HERNIADOS!
«ODRAP», palabra que significa solidez, comodidad. Un adelanto evolutivo para los herniados es el aparato «ODRAP». Es un invento sin hierros ni flejes, sólo pesa 95 gramos, sin bultos, en traje de baño se lleva sin notarse. No se estropea aunque se bañe, por ser lavable. Con «ODRAP» la hernia irá contenida mejorando. El aparato «ODRAP» se fabrica a medida bajo prescripción facultativa. «ODRAP», Travesera de Gracia, 10, pral. (junto Plaza Calvo Sotelo), BARCELONA. Consulte a su médico. (C. P. S. 1322.) Visitas de 10 a 1 y de 4 a 7.